

nica que no estudiase el Sr. Orozco ni manuscrito que no conociese, ni jeroglífico ni monumento que no interpretase. Escritor de conciencia ante todo, tenía temor á las innovaciones y apoyaba todos sus dichos en el monumento, pintura ó escritor citados. Así, su obra vino á ser, como ha dicho el Sr. Icazbalceta, la crónica de las crónicas. Nada se sabe que en ella no exista, y todo tiene allí su verdadero carácter nacional, despojado de preocupaciones y de prevenciones de sistema.»

En 1879, años antes de que el Sr. Chavero se expresara con tan merecido encomio del Sr. Orozco y Berra, había yo vertido, viviendo éste, conceptos muy semejantes en un folleto escrito y publicado con el fin de que no resultasen estériles las gestiones encaminadas á obtener del Gobierno que costeara la publicación de la *Historia antigua y de la Conquista de México*. Voy á reproducir algunos de los pasajes de ese folleto, á riesgo de que se me censure porque me repito—feo pecado en un escritor.—Pero tal reproducción es pertinente ahora, porque ella, mejor que nuevas lucubraciones, demostrará que no de hoy ni por contraponerlo al Sr. García, venero el nombre del modesto historiador, y que no de hoy aplaudo á los que, como él, saben hacer entera justicia y saben rendir culto á la verdad.

«Es Orozco y Berra, decía yo, pues, en 1879, por los vastos y profundos conocimientos que de la historia patria posee, lo que puede llamarse con toda propiedad un mexicanista insigne. La mayor parte de sus años la ha empleado en el estudio de lo que á la historia de México atañe, y sin temor de equivocarnos, diremos que ninguno como él ha llegado á adquirir tan gran suma de erudición en la materia.

«No hay historia, crónica, relación ni manuscrito que él no hubiese leído y vuelto á leer muchas veces con inaudito interés, ni antiguo jeroglífico en cuya descifración no hubiese puesto vivísimo empeño. Dotado de claro talento, de juicio recto y reposado y de gran memoria, sus investigaciones son siempre útiles. No aventura hipótesis sin fundamento ni se deja arrebatar, como sucedía con frecuencia al célebre americanista Brasseur de Bourbourg, por el entusiasmo que conduce muchas veces á traspasar los límites de lo probable y á entrar al mundo de las ilusiones, que la ciencia se encarga después de desvanecer. Cuando Orozco y Berra afirma alguna idea, puede asegurarse que ella descansa en algún documento digno de crédito y que se había escapado á los más diligentes.»

A seguida enumeré todas y cada una de sus obras, sus eruditísimas disertaciones, y consigné cuantos datos han servido después de su muerte para enaltecer su personalidad, para conocer su inmensa labor, tan estimada por los sabios de ambos mundos, como hoy menospreciada por el Sr. García, y por último, resumí en los siguientes párrafos el juicio que ya había formado de la última de sus obras, inédita todavía, pero de la cual había yo leído los manuscritos merced á la inagotable bondad con que el sabio autor se dignaba honrarme:

«Tocan á su término estas noticias biográficas que habrá de ampliar más tarde persona más competente que nosotros; pero antes, creemos útil y aun indispensable hablar de la obra última de Orozco y Berra; obra que es un verdadero monumento literario que perpetuará la fama de su autor.

«Intitúlase “Historia antigua de México,” y está dividida en cuatro partes: 1ª Civilización. 2ª El hombre primitivo. 3ª Historia antigua; y 4ª Conquista.

«Fruto es esta obra de largos años de investigaciones y profundo estudio, concéntranse en ella, por decirlo así, el tesoro de ciencia acumulado por su autor en los mejores días de su vida. ¿Por qué, se nos dirá acaso, por qué existiendo al presente numerosos libros en que se pueden estudiar las materias que abraza la última producción de Orozco y Berra, éste no acometió otra empresa cuya originalidad fuese el primer aliciente para desear conocerla? ¿Vino á revelar sucesos no comprendidos en los escritos de sus antecesores? ¿Pretendió hacer la luz en el caos de la historia mexicana, porque se sentía superior á los que le precedieron? No: el sabio mexicanista, lo hemos dicho ya, es más que modesto, humilde, y aunque pudo gloriarse de haber dado cima á una tarea de aquellas que sólo acometen los hombres superiores, carece de toda pretensión. En el plan de su “Historia antigua” consiste lo original del trabajo; en el feliz desenvolvimiento de ese plan estriba su mérito sobresaliente.

«Hasta hoy, cuanto se ha escrito sobre los orígenes de la sociedad en que vivimos, adolece del gravísimo defecto de considerar los hechos desde un solo punto de vista. Unos á otros han venido los autores copiándose, permítasenos decirlo de este modo, y de aquí ha resultado que, aunque no escasean los libros que de nuestros historia antigua tratan, encamínanse con mayor ó menor sinceridad á un solo punto, á pregonar la grandeza de los conquistadores, su heroico brío y las ventajas de la nueva civilización por ellos im-

plantada, atenuando, si es que los confiesan, los crímenes aquí perpetrados por los guerreros españoles, apoyándose en autoridades á ellos propicias, y no haciendo sino rarísima vez mención de los escritores indígenas, cuyo testimonio, á pesar de su validez, no se ha querido tomar en cuenta. Fácil es comprender que de semejante criterio no podía desprenderse en toda su desnudez la verdad histórica cuyo esclarecimiento parece que debía haber sido el solo norte de esos autores.

«Reconociendo ese error, Orozco y Berra se trazó una nueva vía, conforme á los principios de la ciencia moderna, y, escritor concienzudo, llamó en su apoyo lo mismo al ibero que al azteca, buscando la verdad en los escritos de éste, confirmada por ciertas preciosas confesiones de aquel.

«El colorido de los cuadros que Orozco y Berra ha trazado, no puede ser más verdadero. Ha restaurado otros á su primitiva y pura luz, y lo ha hecho con tal acierto, que bien puede decirse, por avanzada que parezca esta opinión, que ha pronunciado la última palabra acerca de la antigua historia de México, reuniendo en un solo cuerpo de obra cuanto se encuentra esparcido en gran número de volúmenes que sólo poseen ciertos y muy contados bibliófilos eruditos, y cuanto se ha descubierto en estos últimos años, en manuscritos de cuya existencia no tuvieron noticias sus predecesores.

«Brillantísima y sobre todo completa, es la parte que de la civilización azteca trata. Allí se tiene cabal idea de la grandeza moral de aquel pueblo cuyos conocimientos científicos eran superiores, y con mucho, á cuanto podía esperarse de él, atendida su total incomunicación con el antiguo mundo. Allí está fielmente trazado el cuadro de sus adelantos artísticos, y en una palabra, allí se encuentra todo lo que puede ambicionarse saber para juzgar con exactitud de la verdadera grandeza del imperio destruído por las armas castellanas.

«Para dar una idea de la segunda parte, en que trata del hombre prehistórico, habríamos menester algunas páginas. La ciencia moderna ha hecho de la paleontología un auxiliar poderoso de la historia, y por lo mismo, su aplicación á la nuestra, era, puede decirse, la base de que tenían que partir los estudios de Orozco y Berra. Así lo hizo, con notable supremacía respecto á los que antes se han dedicado á escribir sobre nuestras cosas, y de luminoso califican los entendidos en la materia el trabajo realizado por él.

«Lo que en otro lugar dejamos dicho sobre la dedicación de

Orozco y Berra desde su juventud al estudio de cuantas obras se han escrito sobre la historia antigua de México, nos ahorra aquí de entrar á hacer nuevas consideraciones, con relación á la tercera parte del libro.

«La última demandaba el más recto criterio filosófico. La conquista ha tenido muchos historiadores, y para no caer en los mismos errores de que adolecen las obras de aquellos, era necesario proceder conforme á distinto plan. El de Orozco y Berra ha consistido en depurar la verdad á costa de laboriosísimas investigaciones, y si pudiera decirse que alguna parte de su "Historia" es superior á las demás, acaso concederíamos la preeminencia á la última. Tan acabada es así; tanta luz derrama; tan evidente demostración alcanzan en ella los puntos más controvertidos; tan imparcial y justiciero se descubre á Orozco y Berra en aquellas páginas.»

Así juzgaba yo, hace veintidós años, la labor histórica de Orozco y Berra. Pues bien, lejos de que las flamantes disquisiciones posteriores á las suyas, hayan venido á modificar ese concepto, á desvirtuar los elogios que entonces le consagré, ni á apagar mis aplausos, creo, hoy mismo, que ese concepto es equitativo, que no son inmerecidos esos elogios, que es debido hacer resonar una vez más y siempre esos aplausos. Porque la *crónica de las crónicas*, que dijera Icazbalceta, es y perdurará siendo, el acervo y la fuente inagotable en que historiadores y filósofos sociólogos saciarán el hambre y la sed de conocimientos que los devore, puesto que Orozco y Berra es á manera de sapientísimo geólogo que ha explorado las cumbres y los abismos, los valles deleitosos y las oscuras entrañas de nuestra historia, para señalar á los que pretendan explotar aureos tesoros en dónde están los filones del codiciado metal y en dónde sólo se encuentra el de baja ley.

Todo lo analizó científicamente; y con el catálogo por él formado, con esa especie de inventario de nuestras riquezas históricas, es decir, con las citas bibliográficas, con los nombres de los autores por él estudiados, el gran mexicanista trazó un sendero libre de asperezas y obstáculos á los que más tarde habían de ir en busca de documentos y autoridades.

Tanto es así, que si se exceptúan unas cuantas publicaciones hechas posteriormente á los años en que Orozco y Berra desempeñó su pacientísima labor, no hay escritor primitivo ni autor contemporáneo de los que figuran en la *Tabla bibliográfica* del Sr. García que no hubiese pasado antes por el crisol del criterio de Orozco

y Berra, á quien creo por eso, digno de ser llamado el más diligente y el más sagaz de los exploradores y al propio tiempo el más cauto, el más escrupuloso en sus análisis.

No es, por lo mismo, sólo censurable injusticia ó ligereza, sino negra ingratitud, escatimar á un sabio tan ilustre la gloria que por legítimo derecho le corresponde, y colocar su nombre debajo del de otros que por eminentes que hayan sido y por mucho que ilustraran nuestros anales, no hicieron tanto como él, ó porque le faltó tiempo ó porque vivieron envueltos en el torbellino de los negocios públicos y en puestos encumbrados á que nunca llegó el modesto Orozco y Berra que se encontraba más á sus anchas en el humilde hogar, rodeado de viejas crónicas, de empolvados manuscritos, de intrincados jeroglíficos y de ídolos de piedra y de cacharros de la alfarería pre-colombina, mejor que en las poltronas de un ministerio de Estado ó en la presencia de Presidentes y Emperadores. Merced á esa fidelidad dantesca de Orozco y Berra á la Beatriz de la historia, cuántos desvelos y cuántas penosas fatigas se han ahorrado los que gustan de los estudios del género por él cultivado! Lo mismo el que acomete empresa de largo aliento como la del Sr. García, que el rebuscador de noticias simplemente curiosas sobre nuestros monumentos públicos, todos deben reconocer en conciencia, que contaron, por las obras que Orozco y Berra nos legó, con la *materia prima* que necesitaban, ó por mejor decir, con la tela en que ellos habían de bordar sus pensamientos. Tenían ya andada la mitad y la más difícil parte del camino.

Pero acaso me objete el Sr. García que no están á discusión ni la personalidad ni las obras del Sr. Orozco y Berra, que me divago, que son declamatorias y no documentadas afirmaciones las mías y que no le demuestro con ellas que otro antes que él rindió tributo á la verdad y á la justicia al mismo tiempo que á la memoria ultrajada de los indígenas de América. Procuraré desvanecer esa objeción recorriendo las setecientas páginas del tomo IV y último de la *Historia antigua y de la Conquista de México* de Orozco y Berra, sin aludir á los tomos anteriores, porque no tratan de la Conquista, pero haciendo sí observar, de paso, que en esos tres volúmenes está trazado con los más brillantes colores el cuadro de la civilización azteca, sin omitir un solo toque, una sola pincelada de aquellas que reproducen la luz en todo su esplendor para iluminar feéricamente el cuadro de las pasadas grandezas de una raza vencida por las leyes fatales de forzada evolución más que por el brío de los conquistadores y la superioridad de sus armas.

En las primeras páginas del citado tomo IV, comienza Orozco á contradecir á los incondicionales panegiristas de Cortés y á conceder fe á los juicios del P. Las Casas. «Tal es, dice en la página 14 refiriéndose á las diferencias entre Velázquez y Cortés, la versión de Gomara, no sólo admitida sido abultada con gran exceso por el autor anónimo *De rebus gestis*. Oigamos ahora á un testigo presencial de los hechos, al VERIDICO Casas,» y después de copiar *in extenso* lo que éste afirma, agrega el imparcial comentador: «En nuestra opinión particular, satisface más á la razón, va en mejor acuerdo con los sucesos posteriores, la opinión de Casas que la de Gomara.»

Continúa narrando los sucesos, animado del mismo espíritu, y cuando (pág. 23) llega á ocuparse en el paso de los conquistadores por Yucatán, se expresa así: «Como se advierte, Yucatán fué la primera parte de nuestro territorio invadido por los españoles; los mayas, si conservaban el recuerdo de las profecías de Kukulcán sabían ya á qué atenerse respecto á los castellanos; así, cuando aparecieron en la península los hombres blancos y barbudos, en lugar de recibirlos como á dioses los combatieron como á hombres, etc.» ¿No quiere decir esto que el Sr. Orozco y Berra sabía dar á cada uno lo que es suyo, colocando á los mayas por cima de los supersticiosos mexica?

No es Orozco y Berra panegirista de Cortés como Solís y Prescott que tanto irritan al Sr. García.

Véase como lo retrata (pág. 82): «En lo moral le hemos visto pasar por varias transformaciones, como en todos los hombres acontece á medida que cambian de posición social ó de fortuna. Según se muestra en el período que vamos examinando, era de constitución nerviosa y sanguínea, lo cual explica su constante y viva inclinación por las mujeres y su carácter turbulento; *codicioso en demasía, lleno de ambición y poco escrupuloso en los medios para medrar, falaz, cruel en muchos casos*. Estos graves defectos estaban contrapesados con grandes cualidades. Voluntad firme é inflexible, valor á toda prueba, recordando en sus empresas á los antiguos paladines de la Mesa redonda; ingenio pronto y fácil en expedientes; profunda sagacidad para entender lo que delante se le presentaba y sacar partido de las menores circunstancias; sereno en los reveses, tranquilo en la desgracia; poseía el arte de seducir y de mandar: ninguno como él tenía dotes para ser capitán de aquel ejército compuesto de algunos hidalgos de reconocidas prendas, *más de una multitud de gente muy animosa es verdad, pero ignorante,*

codiciosa, acostumbrada en las islas á la expoliación, indisciplinada y licenciosa.»

Y no se detuvo ahí, sino que desentrañando lo cierto, como verdadero historiador filósofo, explica las causas ú origen así de los vicios como de las virtudes de los conquistadores. «El soldado tuvo que afectar—habla Orozco y Berra, en la página 84—el porte del misionero; mezcla que resultó extravagante, siendo imposible hermanar la rapiña y la matanza con las santas doctrinas del Evangelio. Predicar un Dios santo con la palabra y dar el ejemplo de malas pasiones. Incendiar y destruir el teocalli; derrocar y quebrar los ídolos; pero guardar cuidadosamente el oro consagrado al culto odioso. Era horror, estaba prohibido por leyes divinas y humanas el acceso á la mujer infiel; desaparecía el crimen haciéndola bautizar sin convertirla, y el escrúpulo de conciencia se borraba ante la profanación del Sacramento.»

«Para honra de la humanidad y alivio de los indios (pág. 93), no todos pensaban de igual modo; sobre el trono había existido la excelente reina Doña Isabel, cuyo bondadoso influjo se prolongó aún después de su muerte; las doctrinas humanitarias tenían un acérrimo defensor en el docto y vehemente Fr. Bartolomé de las Casas, no faltando religiosos que siguieran animosos la defensa de los calumniados.»

Las ideas dominantes en aquella época en punto á religión y á la licitud de los actos cometidos para combatir y sujetar á los idólatras á dura esclavitud, son aducidos por Orozco y Berra, quien no calla los excesos que de allí brotaron, y que le hacen decir con la serena majestad del filósofo: «de esto que corresponde (pág. 94) á la parte brutal de los hombres, nacieron también muchos crímenes; pero de ellos es responsable la guerra: la guerra, ese derecho injusto que las naciones fuertes *de todas las edades* se han reservado para aplicarla según su antojo á naciones débiles. La guerra, aberración de la humanidad, que los mismos males derrama por causa santa y buena, que por aborrecible é inmotivada. Sobraba con esto para hacer cruel y expoliatoria la conquista; que todas las conquistas son crueles y expoliatorias. Deben aún ponerse á cuenta las malas pasiones individuales que tanto recrecen los padecimientos de los vencidos; de ellos son exclusivamente reos los hombres perversos de dañado corazón, que las ejecutan por instintos bárbaros, saliendo de los lindes marcados por la conciencia y el deber.» Y termina el capítulo IV con estas inspiradas líneas: «De las dos civilizaciones que se ponían en presencia, la

menos adelantada debía sucumbir: es la ley providencial. Por una circunstancia excepcional, el principio religioso que los aztecas profesaban, los empujaba á los pies del invasor. La creencia de Quetzalcoatl venida por Oriente, salía al encuentro de los blancos de Oriente, entregando ya sometidos á los sectarios de la antigua fe. Ningún remedio había. Las naciones de Anáhuac debieron entonar las lamentaciones de su canto fúnebre, resignados á sufrir la sentencia de Breno: ¡Ay del vencido!»

Escribo una disertación y debo ceñirme á lo substancial y pertinente nada más, porque de no proceder así, me extendería mucho y multiplicaría, hasta parecer cansado, citas que no caben sino en una obra extensa. No trato de oponer á un libro otro libro, y bastarán, por lo tanto, los pasajes arriba citados para dar idea del concepto de Orozco y Berra sobre el carácter de la conquista española en América.

Veamos ahora cómo por muy distintos senderos de los que nos marca el Sr. García, nos conduce Orozco y Berra al conocimiento de la manera con que fué llevada á cabo la empresa de Cortés.

Que Orozco y Berra no siguió las huellas de los historiadores que le habían precedido y con los cuales se le quiere hoy confundir sin el menor asomo de justificación, sino que estimó y respetó la opinión de los autores indígenas, quedará comprobado por el siguiente pasaje que tomo de las páginas 125 y 126 del volumen IV de su Historia:

«Los escritores de la conquista de México—dice—han olvidado por completo ó parado muy poco las mentes en las relaciones de los naturales, dando absoluta preferencia á los hechos y dichos de los blancos; contentáronse con ellos para tejer su narración, dejando relegadas al olvido, cual cosas despreciables, las tradiciones conservadas por los indios. Estos, en su propia y antigua escritura, mantuvieron los recuerdos de la destrucción del imperio; después de que aprendieron á escribir, con el abecedario fonético, redactaron en su habla copiosas relaciones no escasas de mérito algunas, supuesto que de las que tenía en su poder Torquemada, dice: «y tengo tanta envidia al lenguaje y estilo con que están escritas, que me holgaré saberlas traducir en castellano con la elegancia y gracia que en su lengua mexicana se dicen: y por ser historia pura y verdadera, la sigo en todo: y si á los que la leyeren parecieren novedades, digo que no lo son sino la pura verdad sucedida; pero que no se ha escrito hasta ahora, porque los pocos que han escrito los sucesos de las Indias no los supieron ni hubo

quien se los dijese.» «Recogieron la tradición mexicana—prosigue Orozco y Berra—el P. Sahagún, de quien tomó el P. Torquemada, y, andando el tiempo, Ixtlilxochitl y Tezozomoc; quedaron, además, pinturas y relaciones disfrutadas por aquellos escritores, algunas de las cuales han podido llegar hasta nosotros. Las auténticas merecen tanta fe, son de tan indisputable autoridad, como los escritores europeos: si presentan diferencias y contradicciones, esas diferencias y contradicciones son del género de las observadas en las historias impresas de origen español.»

Depurando, pues, la verdad con escrupulosa conciencia, va narrando los hechos de los conquistadores, flagelándolos si cometen excesos y felonías, execrando lo que es digno de execración, admirando lo que admiración amerita, y, nótelo bien el Sr. García, citando de continuo al P. Las Casas, *de santa memoria*, como dice en la pág. 253, *y heroico y filantrópico defensor de los indios*. Cuando refiere la primera caída de Tenochtitlán en poder de los españoles, no atribuye á éstos la gloria del vencimiento; enumera las causas del suceso, y termina así: «No puede caber la menor duda, atestiguándolo los mismos conquistadores; el sentimiento religioso, la creencia en las predicciones de Quetzalcoatl, la más estúpida de las supersticiones arrojó al imbécil monarca (Moctezuma) á los pies del invasor y pusieron al imperio, sin combatir, bajo el yugo castellano (pág. 275).»

Ninguno de los hechos punibles que el Sr. García se goza en recordar con el fin preconcebido de que se perpetúe por los siglos de los siglos el odio á la conquista española, pasó inadvertido por Orozco y Berra, ni lo encubrió ni mucho menos lo defendió. De la matanza de Cholollan (Cholula hoy), dice, después de estudiar todos sus antecedentes, que fué *inhumanidad y no valentía* (pág. 253) y de la hecatombe del templo mayor de Tenochtitlán se expresa así en la página 417: «La bárbara matanza del templo mayor, debe cargarse á la cuenta personal de Pedro de Alvarado, *del capitán más rapaz y desapiadado que vino á la conquista*. Bajo cualquier aspecto que se mire aquella acción, *fué un horrible atentado*. Si se supone por móvil la codicia, *es un acto de escandaloso bandolerismo*. Admitiendo el deseo de aterrar á los indios, para prevenir una insurrección, *es un asesinato premeditado, alevoso y con ventaja*. Ante esta matanza queda pálida la de Cholollan. Fué un desafuero que puso el colmo al sufrimiento de los pacientes indios; *inmotivado, injusto, impolítico, calculado y dirigido por un instinto sanguinario*; dió principio á esa larga serie de calamidades inútiles que tan crudamente cargaron sobre vencedores y vencidos.»

Antes, al referir la prisión de Moctezuma, dejó consignados estos conceptos en la página 316: «Motecutzoma había dejado de ser rey; salía de su palacio para no tornar. El orgulloso, el déspota, el semidiós, se había transformado en cautivo de los barbudos teules. De la encumbrada altura que ocupaba, había descendido á arrastrarse por el cieno, de cobarde apego á una vida que ya tenía perdida al entregarse á los blancos. Ningún rey, de los victoriosos de México, se habría dejado aprisionar impunemente en su palacio, y en idénticas circunstancias preferiría salir despedazado á dejarse llevar por sus enemigos. Motecutzoma *es una figura innoble*. Repetidas veces, por medio de los embajadores, prometióle Cortés pagarle sus favores «con buenas obras,» y con creces le cumplió su palabra. Si como hombre y caballero hubiera faltado en sus tratos con un europeo, *D. Hernando se hubiera avergonzado de sí propio*; pero se trataba de un idólatra, de un bárbaro, de un indio, y tanta *superchería* la aceptaba como agudezas del ingenio. *La prisión de Motecutzoma, como rasgo de audacia, asombra; como hecho perdido, irrita.*»

Cuando Orozco y Berra da cuenta de la muerte del monarca destronado, termina diciendo: «Al ver su trágico y lastimero fin, el corazón se siente conmovido, sin que la compasión deje lugar á la ira que despierta su fatal conducta. Le flagela el azote de la historia: la tierra le sea leve.»

Las frases deprimentes, despectivas, que á Orozco y Berra arranca la conducta del que debió ser el más ardido paladín de su patria y de su raza, y en vez de esto, fué el que hizo fácil la destrucción de una y otra, lejos de significar que nuestro historiador ha honrado y enaltecido á los conquistadores con mengua y desdoro de los indios, revela bien á las claras que se sublevaba cuanto en él había de patriota, al recordar al apocado Motecutzoma, que fué indigno de ceñir la imperial diadema, toda vez que no supo conducir á su pueblo á la victoria.

Tanto es así, que en los capítulos destinados á los reinados de los emperadores héroes Cuitlahuac y Cuauhtemoc, elévase á las sublimes regiones de los inspirados, y, sin dejar de ser verídico y severo como Tácito, nos parece que resuenan en sus páginas las inmortales estrofas de Homero y que las trae á nuestro oído en alas de su poderoso aliento moderno cantor á quien cupo la gloriosa herencia del caracol sagrado con que Cuauhtemoc convocaba á los que debían morir por su patria y por sus dioses.

No son estas frases vana palabrería enderezada á hacer la apo-

logía de Orozco y Berra. Citemos algunos pasajes suyos para demostrarlo.

He aquí cómo condensa la obra de Cuitlahuac (págs. 493 y 494): «Con desprecio de armas poderosas que causaban inmenso estrago, combatió, y combatió en primera fila hasta arrojarlos (á los españoles) de Tenoxtitlán, desbaratándolos en los puentes; cautivó á los castellanos retraídos en el cuartel, y lanzó la multitud de los escuadrones á los campos de Otompan, en donde más por la fortuna que por las armas, fué vencido. Buscó sin fruto la alianza de sus enemigos, y procuró estrechar los vínculos entre los elementos del imperio, cosa imposible ya desde los pusilánimes desacieros de Motecutzoma. Peleó sin descanso, poniendo en movimiento las guarniciones, oponiéndolas por todas partes al paso de los invasores; casi siempre era derrotado, y sin embargo volvía á la carga; estas derrotas eran necesarias, pues el invasor no estaba solo, teniendo á su lado la muchedumbre de los traidores á la patria. *La fama no ha sabido teger un cumplido elogio de este monarca azteca; proviene el olvido de haber pertenecido á los vencidos y de haberse atraído el odio de los vencedores. Un lisonjero (Solís) se atrevió á estampar estas palabras: «Vivió pocos días, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicación dejase poco menos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre.» No dictaron estas frases la justicia ni la buena fe; si los blancos le despreciaron como á bárbaro, su memoria durará mientras exista el recuerdo de la Noche Triste.»*

Llegamos ahora al reinado del *águila que descende*, del nunca bien loado Cuauhtemoc, que subió al trono en los días de mayor angustia para su patria.

«Desmoronábase el imperio por la traición de sus hijos y la espada del conquistador (dice Orozco y Berra, pág. 496); subir entonces á rey, no era para gozar las lisonjas de palacio, sino para arrostrar los peligros del campamento; bajo el manto real se cobijaba la destrucción y la muerte. El joven patricio, amator del combate, aborrecedor de los conquistadores, sabía su destino al aceptar el mando. Fué el primero que se rebeló contra el embrutecido Moctezuma; el primero que alzó la voz y la mano para escarnecer y herir al mal ciudadano; identificó su suerte con la de la patria, resuelto á pelear hasta el último trance. La peste diezmaba la ciudad, arrancándole sus mejores ornamentos; no importaba, los vivos sabrían seguir el ejemplo de los muertos.»

El gran historiador nos transporta á aquellos luctuosos días, y en más de cien páginas de admirable colorido, nos hace ver, evo-

cando recuerdos dolorosos, cómo el joven emperador prepara con esfuerzos sobrehumanos la defensa de la capital; nos hace conocer los prodigios de energía, de actividad, de sublime heroísmo, desplegados por el guerrero azteca, que por sus proezas, por sus personales prendas y por su muerte lastimosa, no tienen rival en las páginas de la historia mexicana. Le vemos defender palmo á palmo la ciudad; concentrarse en Tlaltelolco cuando se pierde la parte meridional, y hacer frente allí, por largo tiempo, á los rigores del hambre, á la peste, al número de sus enemigos y á la superioridad de la táctica europea, rechazando cuantas proposiciones de paz se le hicieron.

«La defensa de la ciudad por los tenohca, dice Orozco y Berra, es un hecho asombroso digno de ponerse en parangón con la de Jerusalén, con la de Sagunto y de Numancia, con la de Zaragoza. Los guerreros, casi desnudos, con armas débiles, entregados á sus propias fuerzas, combatían contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos del acero y del fuego, apoyados por un sinnúmero de aliados. Casi siempre derrotados, volvían á la pelea sin faltarles nunca el ánimo, aunque convencidos de que les esperaba una muerte segura que preferían á perder la libertad. Acabados los mantenimientos, comieron las sabandijas del agua, los insectos del suelo, las yerbas, las hojas y las cortezas de los árboles, escarbaron la tierra para sacar las raíces. Los insepultos cadáveres colmaban los fosos, obstruían las calles, llenaban las casas; la corrupción envenenó el aire y la peste pavorosa sobrevino. Arrasados los edificios hasta los cimientos, luchaban sobre los escombros, refugiándose después á lo que en pie quedaba: vendidos por sus amigos, abandonados por sus aliados, puestos sus traidores súbditos en abierta insurrección, hicieron frente á todos, y además á los hombres blancos y barbudos, á los dioses á quien el antiguo profeta daba el dominio de la tierra. Combatieron, y combatieron sin tregua ni descanso, nadie habló de rendirse, no obstante haber sido solicitados frecuentemente con la paz; cayó la ciudad en poder del enemigo cuando no era más que ruinas: cuando los hombres estaban muy mermados y hambrientos, débiles, cansados y ni tenían armas, y quedábales solo el macuahuitl que con dificultad podían blandir; cuando el contagio hacía inútil todo esfuerzo, cuando estaban desamparados hasta de sus mentidos y cobardes dioses, pródigos en prometimientos, avaros á la hora de cumplirlos. Admira la defensa, asombra aquella tribu indómita, INSPIRA RESPETO Y ENTUSIASMO LA NOBLE FIGURA DEL REY CUAUHTEMOC.» (pág. 642).

Así es como Orozco y Berra se hizo merecedor al desdén de D. Genaro García, que le incluye en el número de los historiadores que según él «han seguido haciendo de la Conquista quizá inconscientemente, un cuadro engañoso en que las figuras de los aventureros españoles aunque un tanto rebajadas, aparecen colosales «todavía, tan altas *que es preciso alzar los ojos (para verlas)* mientras «que las de nuestros indígenas, cuando no se manifiestan aniquiladas por la cólera del cielo, véanse tan pequeñas y mezquinas, «que casi pasan inadvertidas.»

¿Pequeñas y mezquinas las figuras de Cuitlahuac y Cuauhtemoc en el cuadro de Orozco y Berra? ¿Inadvertidas? Ah! no, y mil veces no; ya lo hemos demostrado.

La verdad en este caso, así lo pensamos y sentimos, es que no se han recogido por el Sr. García las opiniones del Sr. Orozco y Berra, porque de hacerlo quedaba destruída la afirmación de que ningún historiador había, antes que aquél, sabido rendir tributo á la verdad y á la justicia, ni reparar los ultrajes hechos á los indígenas de América. Reconocerlo, era lo mismo que confesar que la novísima historia no viene á llenar un vacío, y dar lugar á que se sospechara que á otros móviles obedece la pacientísima labor. Porque, entre nosotros los mexicanos, al menos, ninguno se atrevería á dudar que la modestia es una de las cualidades que más avaloran la personalidad del Sr. García, y de inmodestia se le acusaría si alguien dijera que escribió su obra porque se creía llamado á mejorar la de su ilustre predecesor.

Presas de una obsesión que corre parejas con que la que ciega á los que predicán la llamada CRUZADA DE DESPAÑOLIZACIÓN en las Repúblicas latino-americanas, para acelerar el advenimiento de una era de asombroso progreso debido á la raza anglo-sajona, de cuya supremacía, para ellos incuestionable, hay que esperar todo bien, el Sr. García, otras veces sereno, imparcial, aprovechado discípulo de los apóstoles de la filosofía positiva, presa hoy, decimos de esa obsesión no logró franquear el hondo abismo que por simple diversidad de criterio existe entre Orozco y Berra y él, llegando á tal punto, que, cosa bien ajena á sus rectos proceder, mutiló un pensamiento de su contrario, para empequeñecerlo. Porque, esa frase que echan en rostro á Orozco y Berra tanto el Sr. García como su entusiasta panegirista el Sr. González Obregón, de que para contemplar la figura de Cortés *necesitaba alzar los ojos*, aislada como la presentan parece en efecto inspirada por la admiración más aduladora; pero reconstruído el período en que fué co-

locada, copiado íntegramente ese período, nadie, á no ser un hispanófilo dejará de conocer la verdad. Oigamos á Orozco y Berra, (pág. 644).

«Vencidos y vencedores fueron grandes. La admiración, empero, no debe ofuscar la verdad. La Conquista de México no es obra exclusiva de las armas españolas; débese en su mayor parte á las naciones indígenas. Sin éstas, los castellanos hubieran sucumbido, cual sucumbieron en la Noche Triste, cuando eran más pujantes: más tiempo, mayores elementos habrían sido indispensables. D. Hernando supo aprovecharse de las pasiones dominantes, darles dirección, emplearlas para su provecho; se sometió á los indios con los indios: al retirarse los victoriosos aliados de la arrasada México, no se imaginaban que bajo los escombros dejaban sepultados su libertad, el nombre de su raza y la autonomía de su pueblo. *Figura colosal es la de D. Hernando que la parcialidad ha adulado, abultando sus virtudes y callando sus defectos: hombre era, compuesto de bien y de mal. Poseía relevantes cualidades y muy graves defectos; publicándolo todo, la figura un tanto se rebaja; sin embargo, queda siempre tan alta, que es preciso alzar los ojos para verle al rostro.*»

Este pasaje de Orozco y Berra trae á mi memoria otro, de Alfonso de Lamartine, que ojalá hubiera á su vez recordado el Sr. García al emprender la redacción de su obra, porque entonces no habría desbordado su inquina hasta cubrir con sus sedimentos á la diosa intangible de la Verdad y de la Justicia: á la Historia.

«El personaje cuya biografía nos proponemos referir, es inglés, —dice Lamartine al comenzar la de Nelson,—y alcanzó los triunfos más memorables de la época moderna, sobre las armas de la Francia y de sus aliados; pero no influirá esa circunstancia en nuestro ánimo para dejar de hacer estricta justicia en todo, á su heroísmo y á sus hechos tan grandes como famosos: que si el historiador tiene patriotismo, no así la historia, pues precisamente por serlo, debe ser equitativa en la retribución de mérito y gloria que los hombres célebres de todos los pueblos han logrado conquistar al través de los siglos. Y como no adopta causa, ni alcurnia, ni patria, sino heroísmo, ingenio y virtud; como se escribe para el mayor bien é ilustración de la humanidad entera, y estima por grandeza de la civilización cuanto es parte á elevar la especie humana donde quiera que sea, las rivalidades entre razas y pueblos desaparecen y se borran á su vista, desde la inconmensurable altura donde coloca su asiento y contempla los sucesos y los personajes.»

Antes de proseguir la análisis crítica de la obra del Sr. García, considerándola desde varios otros puntos de vista, debo refutar en este sitio la acusación gratuita que envuelve la parte final del artículo dedicado por el Sr. González Obregón á encomiar la misma obra. Dice así:

«Estoy seguro, y el autor debe estarlo también, que su obra irritará pasiones conservadoras é irreflexivas. Que la turba común de lectores que han estudiado, si es que han estudiado, la historia de la América española en panegíricos como la obra de Solís, ó en poemas de prosa épica, como la de Prescott, pondrán el grito en el cielo, y que saldrán á relucir las enmohecidas armaduras y las embotadas lanzas con que siempre se ha defendido á la Conquista: la heroicidad de unos cuantos castellanos, la evangelización de los indios, la raza, la lengua, el común origen. . . .

No importa, la verdad ha quedado ya consignada, y por ello merece sincero aplauso el autor del «Carácter de la Conquista española en América y en México.»

Por lo que á mí atañe, puedo afirmar al Sr. González Obregón, y quien lea estas observaciones mías podrá sentenciar con pleno conocimiento de causa, que ni pongo el grito en el cielo ni saco á relucir armas enmohecidas para defender la Conquista, pues no tengo pasiones conservadoras é irreflexivas, ni encontraría yo cuerdo desempeñar el papel de un abogado que desglosara de las *Causas célebres* antiquísimo proceso fallado á su tiempo, y se empleara en formular una abrumadora sentencia ó una defensa por todo extremo hábil; pero estériles, inútiles en el actual momento. No; he creído que el libro del Sr. García debía ser rectificado por lo mismo que no es uno de tantos sin valor ni trascendencia, y he ensayado rectificar sus afirmaciones y decir que su manera de escribir historia no se ajusta al concepto filosófico que de ese arte tienen los que son maestros aceptados universalmente.

Rechazada esa imputación, reanudo la tarea. A juicio del Sr. García, el móvil primordial de la Conquista fué el de exterminar indígenas, por cuanto que eran idólatras, y por esa sola circunstancia no sólo quedaban justificados los más negros crímenes que en América se cometieron, sino que se consumaba una empresa meritísima. Se necesita para afirmar eso tan rotundamente, suponer destituidos á los lectores que habrá de tener el libro, de los más elementales conocimientos históricos, ignaros en la acepción más lata del vocablo; porque á la altura en que se encuentra hoy la enseñanza de la historia, no es ya un misterio para nadie, que si

bien entró por mucho en la Conquista la idea religiosa dominante á la sazón en España, no fué sino la codicia la eficaz instigadora de los aventureros que se lanzaron á arrostrar los mayores peligros por hallar en el Nuevo Mundo la fortuna que en su tierra nativa no les fué acequible. Cortés y sus compañeros no fueron reclutados y expensados por su soberano para que viniesen á extirpar la idolatría y exterminar á los indígenas idólatras; la Conquista no fué una causa nacional para los españoles, por más que compatriotas suyos fuesen los que habían abandonado sus hogares, desde que la noticia del descubrimiento de América por Colón, despertó, ó mejor dicho enardeció su genial codicia. Cortés no soñó jamás en reproducir las hazañas de Godofredo de Boullón ni equiparar su empresa á la conquista de Granada. Entre sus numerosos ardides, la predicación del Evangelio fué uno de ellos. El verdadero apostolado no comenzó sino cuando vinieron, tres años después de vencidos los naturales, aquellos varones eminentísimos cuyos nombres pronuncian con veneración aún los jacobinos más empedernidos. Es más todavía: Colón mismo, á quien fanáticos admiradores han pretendido colocar en los altares, no embarcó en sus famosas carabelas, al lanzarse á mares desconocidos, un solo capellán de tropal

Es preciso no ver en los conquistadores sino agentes, instrumentos de que se valió el destino ó la Providencia para realizar una de las más grandes revoluciones de la historia; como es preciso no ver en la cruenta guerra que fué su obra, sino el inevitable y pavoroso choque entre dos civilizaciones. Podremos dolernos pero no maravillarnos de lo que ocurrió en ese duelo á muerte entre aztecas y españoles. ¿Cuáles fueron sus consecuencias? No es tiempo aún de señalarlas, porque todavía no llegamos á examinar el libro tercero y último de la obra del Sr. García; el que destinó á la exposición su criterio sobre los resultados de la Conquista.

Hemos visto ya que es errónea la creencia que abriga el autor del *Carácter de la Conquista española en América*, de que no se había, antes que él lo hiciera, aprovechado la luz que derraman en sus obras los escritores primitivos, para decir la verdad y sólo la verdad en esa materia, y queda demostrado también que el procedimiento *novísimo*—en el sentir del Sr. García—de escribir la historia presentando los sucesos nada más que en su aspecto repugnante, no se aviene ni á las necesidades de la época actual, ni se informa en los principios filosóficos de esta misma época.